

Nunca lo vi como algo malo o anormal;

Desde pequeño me había acostumbrado a convivir y formar parte de ciertas escenas como: no ayudar a poner la mesa, comenzar a comer aunque no siempre estuviera mi madre, a expresiones como :¡Qué sabrás tú!, ¡calla que no tienes ni idea!, ¡mujer tenias que ser! y el blanco como no... era mi madre, que aunque nunca recibió golpes, algunas palabras le hacían más daño que miles de bofetadas.

Mi hermana tampoco ha tenido mejor suerte, ha acabo aceptando el mismo papel sumiso. Mi padre siempre decía que los hombres y las mujeres no teníamos nada que ver, que los hombres somos y seremos superiores a las mujeres.

Un día iba al instituto andando, ya que mi padre no me pudo llevar porque su coche se estropeó, estaba yendo por la plaza del pueblo como de costumbre, de repente, una chica despistada se choco conmigo y se le cayeron los libros, en uno de ellos e podía llore el nombre de mi instituto así que le pregunté que si se dirigía hacia este, como yo. Ella asintió con la cabeza, le pregunté que si quería que fuéramos junto y ella aceptó.

Cuando llegamos al instituto me di cuenta de que aquella chica era la nueva alumna de la que nos habló nuestra maestra el día anterior.

La chica se llamaba Maria y pronto ella y yo hicimos muy buenas migas. Pasaron los meses y nosotros éramos inseparables, nos veíamos todos los días y estábamos muy felices.

Al cabo de un año, ella hoy éramos novios desde la distancia ya que íbamos a universidades diferentes en diferentes ciudades.

Llegamos al tercer año de noviazgo y le pedí matrimonio, ella aceptó emocionada.

Pasaban los años y nos queríamos igual que siempre o más pero poco a poco las actitudes machistas que aprendí inc asa formaron parte de mis actos.

Hasta que un día, no muy diferentes a los demás, pero que quedará en mi memoria para siempre, descubrí en ella la mirada de mi madre, identifique´esa expresión de desencanto, designación e inocencia que en alguna ocasión había visto en los ojos verde oscuros de mi madre, algo en mi se estremeció, sentí una mezcla de color y pánico, me acaba de dar cuenta que me estaba transformando en mi padre.

Huí rápido, te abracé, te besé y te prometí que nunca, nunca, volvería a hacerte sentir pequeña, inútil, decepcionada...

Han pasado veinte años desde aquel día, estamos felices, tenemos hijos que han crecido en la igualdad, en el respeto y en la tolerancia. Me enseñaste que nadie es más que nadie, que no somos posesiones de nuestras parejas, que vivimos nuestra vida sin pisar a los demás, recuerdo a mi madre y ahora la imagino LIBRE.

Alfonso Santos Box
2º E de ESO